

REFLEXION EN TORNO AL COMUN QUEHACER TEOLOGICO

1. *Inestabilidad y transformación del medio humano. Del ayer al hoy.*

De nuestro tiempo, más que de ninguno anterior, se afirma que está presidido y orientado por el signo de lo inseguro, lo inestable, lo cambiante. En todos los aspectos de la vida del individuo y de la colectividad priman las alteraciones de cánones «de siempre» establecidos, y la mutación de estructuras y valores que se tenían por definitivos. Al menos desde un punto de vista global, nunca antes pareció estar sometido el hombre a tantas presiones sociales, a tantas crisis psicológicas, a tantas tensiones morales como las que hoy padecemos y de las que involuntariamente somos a un tiempo espectadores y protagonistas. La inseguridad marca nuestra existencia. Nadie parece pisar terreno firme. La apelación al pasado ha perdido su categoría paradigmática; el presente resulta desconcertante, y contemplamos el mañana con recelo y desencanto. La inestabilidad informa los actuales sistemas de comprensión del mundo y de las cosas. Los más consistentes parámetros de interpretación del ser humano y de su implantación en la *oikoumene*, en la tierra-habitación, se nos representa apenas aplicables a nuestra propia existencia.

2. *Lo que realmente cambia en el hombre.*

Estos son hechos generalmente reconocidos. Y sin embargo creo que es justo admitir también que un análisis objetivo de las estructuras de la realidad nos permite descubrir que la sima interpuesta entre el ayer y nuestro momento actual no

es tan profunda como parece a simple vista, que el fenómeno humano se ha producido siempre en el interior de las mismas fronteras de lo inseguro y mutable, y que, desde sus albores, la sociedad ha experimentado iguales o equivalentes trastornos, iguales o equivalentes crisis. Porque lo que del hombre se modifica y transforma no es tanto lo íntimo de su naturaleza como su peculiar interpretación de las cosas y los hechos, o sea la perspectiva desde la que contempla su propia historia. Lo que cambia no es tanto el hombre como su medio, su *fila* de evolución socio-cultural o sus posibilidades «ecuménicas» (oikoumene) de relación/comunicación. Es decir, todo cuanto informa y dinamiza su circunstancia.

3. *Teología, verdad absoluta y proclamación del kérigma.*

En el campo de la teología, como no podía ser de otro modo, se observa igualmente este conflicto entre el ayer, de apariencia estable, y la enorme inestabilidad del hoy. Porque la teología está directamente expuesta al fuego cruzado de las variaciones humanas, que presionan sobre ella forzándola a tomar direcciones insospechadas. A título de ejemplo recordemos la aparición de denominaciones como «Teología de la muerte de Dios» o «Teología de la liberación», para reconocer hasta qué punto el pensamiento cristiano se hace deudor de determinados planteamientos que le llegan «de fuera a dentro», desde los ámbitos socio-políticos, económicos y culturales.

Además de esto, o precisamente por esto mismo, la teología es un ejemplo *prima manu* del enfrentamiento entre ambas posiciones: la de estabilidad y la de inestabilidad, la de lo inmóvil y la de lo cambiante. Por una parte, la pretensión de ser la teología el soporte de la verdad, el fundamento único de toda argumentación válida de índole ética o espiritual; por otra parte, la comprensión actual del quehacer teológico en el sentido de auténtica fuerza evangelizadora, de anuncio vivo del kérigma cristiano. El distanciamiento entre estas dos interpretaciones —el ser de la teología y la responsabilidad de la teología— se pronuncia más y más. Y probablemente la Iglesia Católica Romana es hoy su testimonio más notable, en razón del giro al que a sí misma se ha sometido a partir del Concilio Vaticano II, giro que desde sus inicios desencadenó graves tensiones entre el radicalismo dogmático tradicional y la nueva e irreversible corriente liberalizadora que

llegaba desbordando los tranquilos cauces de la reflexión teológica. Con el Vaticano II comenzó a imponerse inesperadamente una innovadora teología, que ha venido a demostrarnos a todos, católicos y no católicos, cómo la ruptura de los viejos y consagrados moldes no tiene por qué entrañar la más leve renuncia a los valores esenciales de la fe.

4. El impacto transformador en el protestantismo. La adaptación del mensaje al medio receptor.

No sólo la ICR se ha visto impulsada a abandonar anteriores postulados; no sólo la ICR ha sufrido la tensión de transformación de sus esquemas teológicos. También las iglesias protestantes —aunque acaso de manera menos espectacular— han acusado el impacto de los variados movimientos que en el día de hoy ordenan —o, a veces, desordenan— la existencia y la evolución del hombre en su doble aspecto individual y corporativo. Y es que ha llegado un momento en que la cristiandad —es decir, cada creyente cristiano auténtico y responsable—, para ser consecuente con la fe que proclama tiene que detenerse a revisar sus pasadas y a menudo contradictorias elaboraciones teológicas. Todos, individuos y comunidades, estamos acusando en nuestras particulares teologías los cambios de rumbo de una sociedad que, en medio de los imperativos de sus propias transformaciones, está necesitada del anuncio de la fe cristiana, de la inserción en ella del kérigma, y que en virtud de esta misma inserción nos obliga a una continúa adaptación de nuestro anuncio al medio al que es dirigido.

5. Ecclesia reformata semper reformanda. La tendencia general al inmovilismo.

Obviamente, el mundo protestante¹ y el mundo católico no contemplan bajo una misma óptica los diferentes procesos de transformación de la existencia del hombre sobre la tierra. En apariencia, por fuera, el protestantismo puede ofrecer un aspecto más flexible, dada su característica elasticidad en la captación de la Teología de la Iglesia, elasticidad que ya

¹ Hablar de «mundo protestante» es, por supuesto, acudir a una fórmula vaga y ambigua, incurrir en una irritante generalización, que únicamente se justifica por la brevedad de la presente reflexión.

apunta en el enunciado clásico *ecclesia reformata semper reformanda*. Sin embargo, digo, tal flexibilidad quizá no es otra cosa que apariencia e imagen exterior. En el fondo, la tendencia a la estatificación, al inmovilismo y al dogmatismo anida igualmente en el corazón del mundo protestante que, como a paja en ojo ajeno, lo denuncia en el católico. La aspiración a una *ecclesia reformada*, a menudo no supera el estadio de lema, de mero tópico, sin que llegue a implicar una honda y responsable encarnación en la existencia cotidiana de la comunidad eclesial. Y es que los cambios, sea de contenido, sea de expresión formal, también son traumatizantes para el protestantismo.

6. *Los cambios despiertan recelos.*

De hecho, los movimientos de rango intelectual, ético o espiritual han sido vistos generalmente con suspicacia por sus testigos más inmediatos, por cuanto pueden significar de amenaza para los esquemas habituales. Y mucho más en el terreno teológico, donde el temor a perder lo ya adquirido, a tener que re-analizar los sistemas establecidos para la expresión/comunicación de la fe, a correr el riesgo de dolorosas rupturas y secesiones, invita al teólogo a conservar las posiciones acreditadas por la tradición y la historia, y a evitar la aventura de nuevos replanteamientos, cuyas consecuencias no pueden predecirse. Y sin embargo, el valor de afrontar los imperativos de innovación propuestos a la transmisión del kérigma, frecuentemente han redundado en beneficio espiritual y moral para la propia iglesia en la que se produce el fenómeno.

7. *La teología, «ciencia de Dios».*

En la arriesgada avanzadilla dialéctica de la teología actual, hemos de situar el hecho de la interpretación, elaboración y transmisión del pensamiento ecuménico. Y es menester señalar con alegría y esperanza que ese pensamiento, en virtud de la «pacífica violencia» que lleva aparejada, ha generado y seguirá generando —así debemos esperarlo— actitudes profundamente transformadoras del cristiano individual y de la comunidad eclesial, actitudes que hasta hace muy pocos años eran impensables. No es posible olvidar, por mucho que el hecho

pertenezca a un pasado que creemos definitivamente cerrado, cómo la teología, siglo tras siglo, ha reclamado para sí, en exclusiva, el título de principio indiscutible de toda definición del hombre, de su mundo y del universo entero.

A lo largo de la historia, la teología se ha proclamado *mater et magistra* de la ciencia y definitivo punto de referencia de la verdad absoluta. Únicamente en torno a la teología y dependiendo de ella podía concebirse el desarrollo del saber. Únicamente como amparadas bajo sus alas maternas podía imaginarse la subsistencia de las demás disciplinas: la matemática, la medicina, el arte o la filosofía. La universidad se configuraba en términos de vasallaje respecto de la institución teológica. La teología, ciencia por excelencia, *scientia Dei*, gozaba por derecho propio del privilegio de abrir o cerrar el acceso del reino de los otros conocimientos, de los cuales, así como de cuanto atañe a la cualificación ética del hombre o a su evolución social y política, no había referencia válida que no hallase en la teología su origen y límite último. La teología representaba la integración de todo sistema de pensamiento. La libertad de razonar sólo podía ser coordinada —e incluso establecida— desde el inatacable axioma de la administración de la verdad, administración ejercida por la teología. De todo ello se derivaba obligatoriamente la imposibilidad lógica de la discrepancia. Discrepar de la verdad es estar en el error. Y permanecer conscientemente en la discrepancia es contumacia e impía soberbia.

8. Teología y jerarquización de la verdad.

Gracias a Dios, aquella interpretación dogmática y exclusivista de la fe y de la ciencia teológica ha quedado encallada en un ayer que no parece repetible. La historia se ha encargado de cerrar la página. Esa historia que un día se llamó «Reforma religiosa del siglo dieciséis», y otro, «Concilio Vaticano II» o «Consejo Ecuménico de las Iglesias»; que una vez escribió los nombres de Martín Lutero y Juan Calvino, y otra vez, los de Juan XXIII y Agustín Bea. Gradualmente hemos sido conducidos a una más esclarecedora visión de los contenidos religiosos y a una más enriquecedora comprensión de la teología, la cual en adelante no volverá a insistir en su categoría de custodia de la verdad, sino que habrá de reconocerse como el instrumento que es, el instrumento —humano, y por humano,

relativo— apto para proclamar a Cristo como la esperanza real de salvación para el hombre. Frente a aquella pretensión absolutista que marcó el curso de los siglos, la teología ha venido hoy a recalcar en el humilde reconocimiento de nuestro propio relativismo, de nuestra incapacidad para captar toda la dimensión de la verdad. La teología (y me refiero a la teología «seria», dejando al margen las incoherentes pseudoteologías que pululan por los distintos campos confesionales), la teología confiesa hoy que nuestra capacidad de percibir la verdad es pobre y limitada. La verdad, desde la nueva perspectiva teológica, se revela como una jerarquía de valores que, sin afectar a su esencia, a su «ser verdad», matiza los significados de su imbricación en el plano de la existencia humana.

9. Nueva comprensión del quehacer teológico.

A partir de ahora, la teología se ha situado en el centro de un movimiento de auténtica catarsis y positiva transformación de la expresión de la fe. Consecuencia, y al propio tiempo parte de las inestabilidades sociales, de las mutaciones que caracterizan al hombre de hoy, la tarea teológica deberá ser para siempre entendida como la responsabilidad, común a todos los creyentes, de la investigación y la comunicación del kérigma cristiano al hombre a quien la fe señala como el objeto de la acción libre de Dios. En lo sucesivo, el teólogo, cualquiera que sea su filiación eclesiástica, apellídese católico, protestante u ortodoxo, habrá de echar mano del bagaje de su fe a fin de colaborar activamente en la extensión del conocimiento del Reino de Dios, de cuya realidad el creyente participa *hic et nunc*, al tiempo que, paradójicamente, vive en la esperanza de su definitivo advenimiento.

IGNACIO MENDOZA

Director del Seminario Evangélico
Unido de Madrid.